

abarcó a grandes rasgos, con la mirada, los modestos juguetes esparcidos aquí y allá en algunas camitas, y luego bajó los ojos tranquila y lentamente. «Dichosos!» iba a exclamar, cuando se dió cuenta de que su vecino de enfrente, el del número 6, no le quitaba los ojos de encima como si quisiera decirle: no has sido sólo tú la desventurada, de mí también se olvidó *ese Niño*, siguiendo su costumbre; sin embargo, estoy contento, he salido un ratito al jardín y traigo sol en todo el cuerpo.

En efecto, el del número 6 había iniciado esa mañana su período de convalecencia con un breve paseo al sol.

—Oye, dijo acercándose a la cabecera de *Nina*, te he traído esta rosa, la quieres?

La sorpresa de la enfermita fué manifiesta. ¿Sería posible que alguien tuviera una rosa para ella, para ella que sólo espinas había encontrado en su corta travesía de once años por una vida llena de aflicción?

La enfermita tomó la flor, y sus labios, conmovidos, pusieron un montoncito de gratitud en aquella mano amiga, la primera que tan dulcemente venía a acariciarla en su soledad desesperante, la única en once años!

El convaleciente del número 6 se sorprendió a su vez. Él nunca había soñado con que nadie llegaría a besarle así. Qué beso

aquel; era como si un rayito de sol, el más hermoso, el más tibio, el más lindo de los del jardín, tomando prestadas las alas de una mariposa blanca, hubiera venido a tenderse sobre la mano que ofreció la rosa.

Los dos pequeños no acertaron a decir palabra. En las miradas de ambos brilló algo extraño, algo muy hermoso, algo así como los resplandores de una estrella suspendida en el fondo más azul del Oriente. *Nina* oprimía la rosa contra su pecho y el del número 6 acariciaba el sitio, ya inolvidable, en donde aquel beso había venido a dormir...

Que siguiera, que siguiera en sus olvidos aquel extraño ser a quien los dichosos llamaban el buen Niño. A ellos, qué? Qué presente por rico que fuese podría igualar jamás aquel beso y aquella rosa?

En las miradas de los dos pequeños pacientes un astro tornó a avivar sus resplandores. Acaso sea esa la tan esperada estrella, pensé yo, que ha de guiar a los magos del pensamiento hacia el establo en donde alborea, cantado por las congojas del dolor que abate a los oprimidos y por los gritos de la justicia escarnecida, un nuevo ideal de redención, más alto, más grande, más puro, más hermoso y más fuerte.

Alegría de la mañana

En un modesto cuarto de estudiante pobre, en torno de una mesa redonda y a la luz de una vela, solíamos reunirnos los jueves por la noche, y también algunos domingos, unos cuantos escritores principiantes. Durante las sesiones, que no eran muy largas, se hablaba de arte y de poesía y cada cual daba lectura a la última producción de su pluma: ya un cuento, ya un romance o bien un poema, según la afición de cada uno de los del modesto grupo. Concluída la velada, nos separábamos alegres, en parejas, comentando el último poema leído, el último romance o el último cuento.

Una noche, después de haber escuchado la lectura de un canto amoroso, y cuando rematábamos con comentarios festivos la crítica de aquellos versos, uno de los camaradas, el más tímido de todos, sacó dos cuar-

tillas de su bolsillo y leyó con algún sentimiento lo que sigue:

«La *alegría de la mañana* es una campánula azul de corola tersa y brillante como seda. No tiene olor, es cierto, pero de tal manera impresiona la vista, y tan amable colaboración ofrece en el conjunto de belleza que presenta la campaña florecida, que no es raro se distinga, cuando se la tiene delante, algo así como un vago aroma si bien muy suave, no por esto menos atrayente. Su perfume, podría decirse, es el mismo de una buena acción, el de la carita de un niño, el de un buen deseo, el de un pensamiento bueno, o el que despiden las estrellas cuando el cielo es límpido en una noche de enero. Quiero decir que la fragancia que vierte la *alegría de la mañana* es algo esencialmente espiritual, negado a todo sen-